

CAPITULO

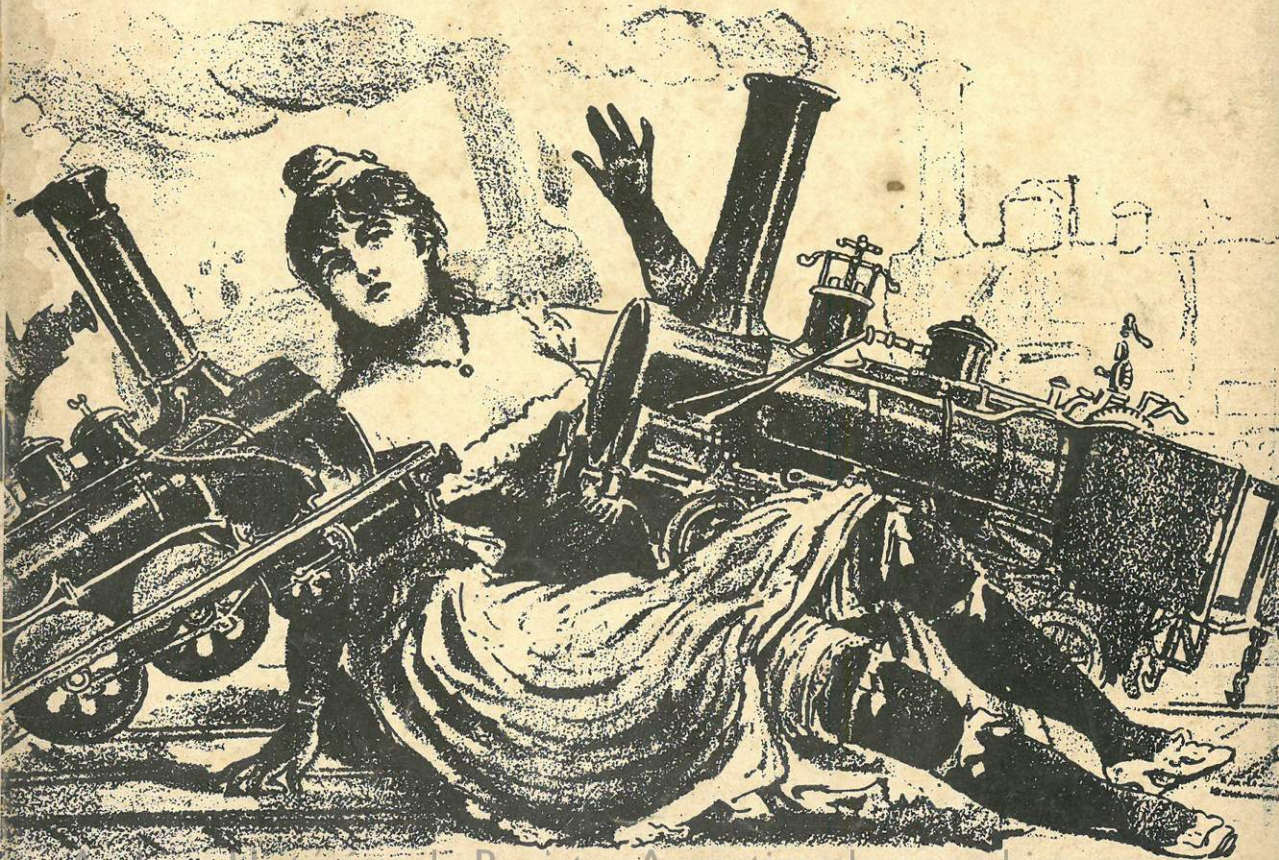


CENTRO
EDITOR
DE AMÉRICA
LATINA

la historia de la literatura argentina

19

La generación del ochenta:
las ideas y el ensayo



CAPITULO

la historia de la literatura argentina

19. La generación del ochenta: las ideas y el ensayo

Este fascículo ha sido preparado por el profesor Adolfo Prieto, y redactado en el Departamento Literario del Centro Editor de América Latina.

CAPITULO constituirá, a través de sus 56 fascículos, una Historia de la Literatura Argentina, ordenada cronológicamente desde la Conquista y la Colonia hasta nuestros días. El material gráfico con que se ilustrará la Historia, estrechamente vinculado con el texto, brindará a los lectores una visión viva y amena de nuestra literatura y del país. Cada fascículo será, a su vez, un trabajo orgánico y completo sobre un aspecto, tendencia, período o autor de nuestras letras.

En CAPITULO Nº 20:

LA GENERACION DEL OCHENTA: LA IMAGINACION

- UNA NUEVA NOVELISTICA
- EL NATURALISMO
- EL REALISMO COSTUMBRISTA
- EL CASO DE EDUARDO GUTIERREZ:
EL POPULISMO
- "LA GRAN ALDEA" ENJUICIADA POR
UN CONTEMPORANEO
- LA BIBLIOTECA DE DON SANTIAGO
QUILLANGO

y junto con el fascículo, el libro
LA GRAN ALDEA,
de Lucio Vicente López



La generación del ochenta: las ideas y el ensayo

Las ideas y el ensayo. — El concepto de “generación” ha sido definido y controvertido con insistencia en los trabajos de muchos críticos e historiadores de la cultura. Y, muy frecuentemente, suele desencantar a aquellos que intentan aplicarlo a ciertos fenómenos culturales, tantas son las excepciones, las correcciones y los malos entendidos que se producen cuando se intenta englobar bajo un determinado denominador común el sentido de obras y de hechos de naturaleza muy compleja.

En efecto, aun reducido a su expresión más elemental, el concepto de “generación” se apoya en el supuesto de que los hombres nacidos y criados alrededor de un mismo eje cronológico, y sometidos a parecidas presiones sociales, tienden a comportarse y a expresarse según módulos que reflejan esa comunidad de origen y de experiencias. Pero rara vez, o nunca, un grupo humano sufre exactamente las mismas experiencias ni sufre de igual modo la presión del mismo fragmento de la historia. De ahí el error que se sigue de utilizar el concepto de “generación”: sin los infinitos recaudos que su buen empleo instrumental requiere, y la repetida esterilidad de muchos de los estudios que se han emprendido hasta ahora desde esa perspectiva.

La aceptación de todos estos reparos no impide, sin embargo, admitir que en determinadas ocasiones el uso del esquema generacional puede resultar bastante efectivo para el análisis de algunos fenómenos culturales, o que puede, por lo menos, facilitar una cómoda introducción a ese análisis. Este es el caso, por ejemplo, que ahora nos ocupa. Muchos de los hechos que en nuestro país encontraron su expresión económica, política y cultural alrededor del eje cronológico del año 1880, admiten una caracterización de tipo generacional. Y, en la práctica, se ha institucionalizado la costumbre de referirse a la historia, a la literatura, a la política

de esos años, como la historia, la literatura, la política de la “generación del 80”.

El momento histórico-cultural.

Una caracterización de este tipo se funda, naturalmente, en la confluencia excepcional de factores históricos y sociales, y basta una somera descripción de la Argentina en la penúltima década del siglo XIX para advertir el nivel de homogeneidad en que se integraron esos diversos factores. Desde la caída de Rosas, en 1852, el turbulento panorama político inició un largo y duro proceso de deflación en cuyo término la primera presidencia del general Roca (1880-1886) impuso el desconocido espectáculo de una gestión presidencial acatada por todas las facciones.

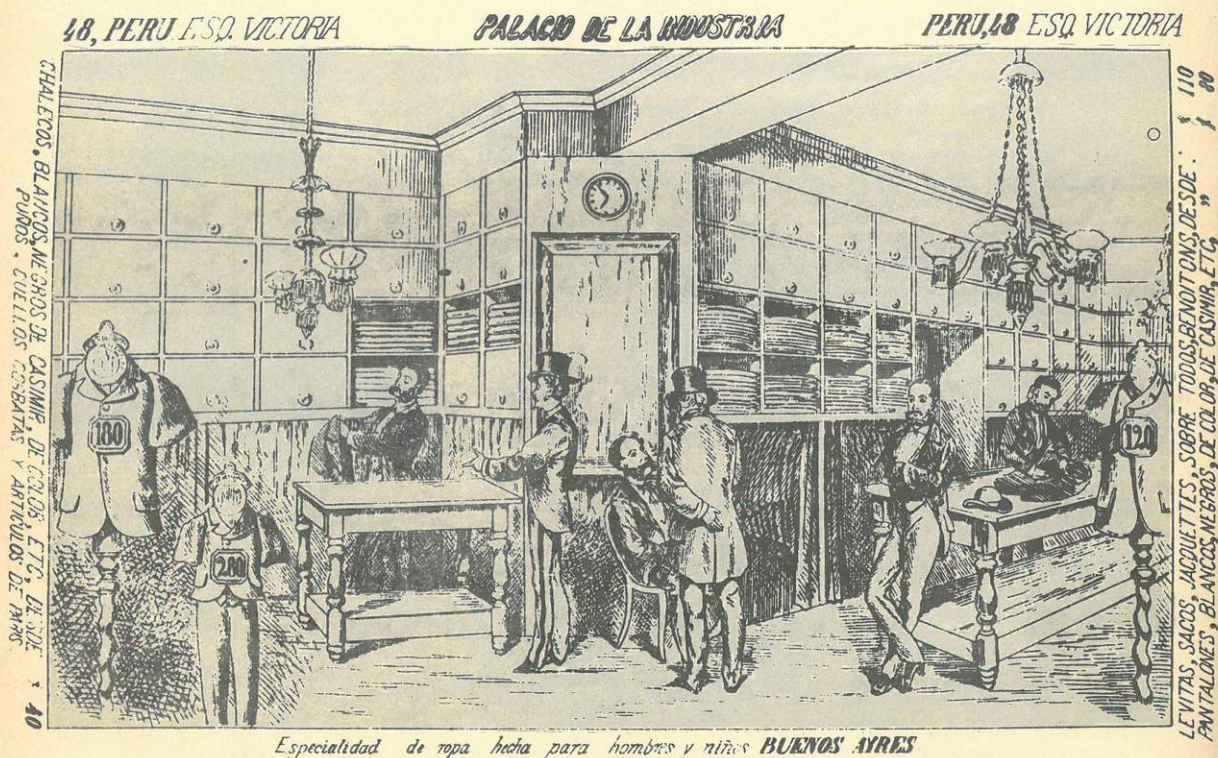
Esa estabilidad política ajustó la última pieza de su laborioso mecanismo con la promulgación de la ley que convertía a la ciudad de Buenos Aires en Capital Federal de la República, clausurando así, con una figura jurídica, el viejo pleito de provincianos y porteños. La ley se promulgó en 1880, el mismo año en que Julio Argentino Roca, el joven y brillante militar prestigiado por el éxito de la campaña que concluyó con el dominio del indio en el desierto, sucedía a Avellaneda en el mandato presidencial.

Roca heredó un ensamble de situaciones por cierto muy singulares, fortuna que no tuvieron los gobernantes anteriores; pero es necesario reconocer que esas situaciones fructificaron en sus manos hasta el punto de que la fisonomía del país se transformó radicalmente en los años de su primera presidencia. Con energía, con la proverbial astucia con que sorprendió a sus contemporáneos, Roca utilizó las facilidades de la estabilidad política para poner en pleno funcionamiento el cartabón económico del liberalismo. De alguna manera, la prédica sustentada en las *Bases*, de Alberdi, que era la prédica de toda



Julio Argentino Roca

La confluencia de factores económicos, culturales, políticos y sociales de excepcional importancia que caracterizan la década de 1880, permite hablar, en el ámbito literario, de una generación del 80: es la generación del liberalismo, de la ola inmigratoria, del país que se transforma rápidamente.



Interior de una tienda en Buenos Aires en 1876

la generación de proscriptos, venía a encontrar finalmente, después de 30 años, su cumplido ejecutor. Bajo el lema de su gobierno, "paz y administración", la libertad de comercio, la radicación de capitales extranjeros, el trazado de vías férreas, la incorporación del desierto a las actividades productivas, el acceso de varios centenares de miles de inmigrantes, convertían en palpable realidad algunas de las más ansiosas postulaciones de Alberdi.

Es cierto que la verificación de los más urgentes postulados de las Bases no alcanzó la misma intensidad en todos los órdenes de la compleja realidad ni afectó de igual manera el crecimiento de todas las estructuras que interesaban al desarrollo armónico del país. La nueva población, lejos de extenderse en relación proporcionada a la disponibilidad de tierras cultivables, fue virtualmente compélida a arracimarse en el núcleo urbano de Buenos Aires; la nueva riqueza, lejos de sacudir los entumecidos resortes de las economías provincianas, descargó sus esplendores sobre la cornucopia que atiborraba de cereales el privilegiado puerto de Buenos Aires; el nuevo orden político, lejos de asegurar el cumplimiento correcto de la democracia representativa, alentó más bien la consolidación de una suerte de despotismo ilustrado, de una peculiar oligarquía entre cuyos miembros se compartió el poder hasta bien entrado el siglo XX, cuando la novedad del voto secreto consagró el triunfo de Hipólito Yrigoyen (1916).

Estas serias distorsiones del esquema, en todo caso, no revelaron sus consecuencias inmediatamente, y salvado el disgusto de algunos observadores perspicaces, la inmensa mayoría aplaudió en esos años, sin reservas, la ola de prosperidad material, el tumulto de los negocios, el crecimiento prodigioso de la flamante capital federalizada, el brillo de una vida social

que reducía a pura nostalgia la modestia de las costumbres aldeanas. Todos los signos del progreso material encontraron su más visible encarnación en el desarrollo edilicio de Buenos Aires, tanta fue la audacia y el brío con que éste fue acometido. Ya en el 1890, un observador malhumorado como Carlos Alfredo D'Amico (1839-1917) ofrece una descripción de Buenos Aires que contrasta notablemente con la Gran Aldea que había sido una década antes: "Para el que ve por primera a Buenos Aires a las dos de la tarde de un día de trabajo; se mezcla en la enorme aglomeración humana que entra en la Bolsa de Comercio; empujado por la muchedumbre se lanza al trote a la calle caracoleando por entre los seiscientos carruajes de la Plaza de la Victoria, y desde ahí escucha al mismo tiempo el ensordecedor grito de los especuladores, que le llega como murmullo; los clarines y tambores del Palacio de Gobierno batiendo marcha al primer magistrado, que entra recién por entre dos filas de soldados, que le hacen los honores con admirable corrección; el silbato de los ferrocarriles, incesante en la Estación Central; la continua corneta de los tranvías, que cada segundo atraviesan en diferentes direcciones la gran Plaza de Mayo; la algaraza de seiscientos o más cocheros que entretienen sus ocios dando pruebas de mala educación; y dominando todo este bullicio el lento rugido del coloso, más ancho que muchos mares, que parece apoyarse en la tierra que fertiliza para impedir que los brazos del océano la estrechen contra su seno y maten su fertilidad mojadola con sus labios salados; para el que esto siente y ve, Buenos Aires aparece como una ciudad inmensa que se ha lanzado a la lucha por la vida con pasmosa actividad. Si mira a sus espaldas, el puerto y las bahías; si avanza, los enormes almacenes cargando y descargando todas las clases de mercaderías que produce

Buenos Aires en la década del ochenta

Para un adecuado uso del criterio de "generación", se requiere, necesariamente, un buen conocimiento de las coordenadas históricas y sociales en las que se inserta la generación sometida al análisis. El estudioso interesado en profundizar las características generacionales del 80 encontrará, felizmente, mucho material de primera mano para ese análisis (los diarios de la época, la correspondencia pública y privada de los hombres representativos, las crónicas y relatos de carácter testimonial); y encontrará, asimismo, una serie de buenos estudios sobre este período. Para una correcta introducción al tema pueden citarse los siguientes trabajos: José Luis Romero, *Las ideas políticas en Argentina, México, Fondo de Cultura Económica, 1959*; Thomas F. McGann, *Argentina, Estados Unidos y el sistema interamericano 1880-1914, Buenos Aires, Eudeba, 1960*; O. Cornblit, E. Gallo y A. O'Connell, *La generación del 80 y su proyecto; antecedentes y consecuencias, en Argentina, sociedad de masas, Buenos Aires, Eudeba, 1965*. Al libro de McGann pertenece esta descripción del Buenos Aires del 80: "Alberdi resultó un malísimo profeta. La población de la ciudad de Buenos Aires aumentó en un 84% en la década de 1880 a 1890; la población de la nación, fuera de los límites de la capital, sólo creció en un 29%. La ola inmigratoria que llegaba a las costas argentinas se quebraba sobre Buenos Aires; sólo una minoría avanzaba sobre las pampas que rodeaban la ciudad. Impulsado por este influjo y por la fe general en un progreso automático, el gobierno nacional extendió enormemente los límites de Buenos Aires mediante una serie de leyes que culminó en 1888. Este gesto típicamente americano encerró dentro de los nuevos confines de la

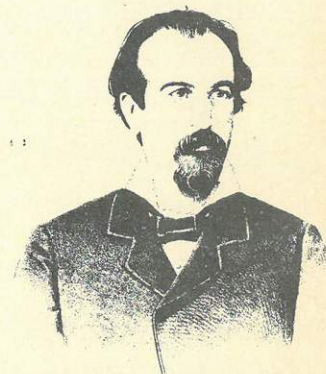
ciudad a suburbios distantes y grandes extensiones de campo abierto, llevando la superficie de la Capital Federal de veinticuatro a ciento treinticuatro kilómetros cuadrados.

De esta manera, sus optimistas gobernantes dotaron a la Argentina con el esbozo de una enorme cabeza, una posible capital mundial, capaz de servir a sus más amplios sueños en materia de comercio internacional.

En esos días de febril realización nadie levantó la voz para preguntar si el cuerpo (la nación detrás del puerto) no se vería obligado a sacrificar su propio vigor en ese esfuerzo por sostener la agigantada cabeza. Pero Buenos Aires era algo más que una promesa y un asilo para los inmigrantes italianos y españoles, y algo más que un lugar para las mansiones de los ricos, que después de 1880 se mudaron al distrito norte de la ciudad, el barrio del norte, que llegaba desde la plaza San Martín hasta más allá de la Recoleta. Buenos Aires era principalmente un conglomerado de fuerzas económicas, que hacía derivar su nuevo dinamismo de dos factores, sumados al de su crecida población: el puerto y la red de ferrocarriles*.

el mundo; los vehículos que no caben en las estrechas calles; y los carruajes de la calle Florida; y las tiendas cuajadas de damas; y los espléndidos escaparates; y las mujeres, admirables del botín al sombrero; y los dependientes de comercio corriendo a su negocio; y todo esto confundido, a prisa, pasando como una fantasmagoría —si el que por primera vez viene a Buenos Aires contempla el primer día todo eso, con el mareo que le impone el mundo que le empuja y rodea—; la sensación de novedad que se apodera de su espíritu turbado, le hace exclamar: ¡Qué comercio enorme, qué consumo colosal, qué producción abundante, qué riqueza, qué lujo, qué transacciones rápidas, qué vida fácil, qué hombres laboriosos, qué mujeres lindas, qué pueblo feliz! [Carlos D'Amico, *Buenos Aires, sus hombres, su política*, (1860-1890)].

Si se excusan las incorrecciones de estilo, no cabe duda que la descripción de D'Amico se ofrece como un excelente testimonio del rápido crecimiento de Buenos Aires y de la viva impresión que ese fenómeno debió provocar en los contemporáneos. Para completar el cuadro sólo resta, en justicia, indicar que en esta ciudad enfebrecida por los negocios y la agitación del progreso, también adquirieron su peso algunos instrumentos reguladores y difusores de expresiones culturales. Las salas de espectáculos podían ya por esos años reclutar un público suficientemente asiduo como para que las grandes compañías internacionales contaran a Buenos Aires como un punto obligado de sus giras. La Universidad, particularmente en sus facultades de Medicina y de Derecho, se afianzaba en la labor de algunos maestros de auténtico prestigio. El periodismo gastaba la pólvora final de las banderías partidistas y abría el paso a nuevos órganos como *La Nación* y *La Prensa*, cada vez más cuidadosos de la ponderación informativa y de



Carlos D'Amico (dibujo aparecido en *El Mosquito*)

la necesidad de satisfacer las exigencias de un público cosmopolita y habituado a gustar la calidades profesionales del periodismo europeo.

Los rasgos característicos. —

La confrontación permanente con los modelos culturales provistos por Europa fue una característica que marcó de modo decisivo la naturaleza de estos instrumentos reguladores. Los hombres del 80 —entiéndase bien, los hombres que dirigían y asumían la responsabilidad del proceso político y social— cultivaban una relación tan estrecha con el mundo cultural europeo que aquellos instrumentos no podían sino reflejar con bastante fidelidad el modelo. Cuando Echeverría o Sarmiento llegan a Europa, la actitud de ambos es la de provincianos ávidos e inquietos que buscan en las grandes capitales del mundo el saber y la experiencia susceptibles de servir a la singular situación de un país que ensayaba los vagidos de la vida independiente. Todavía más; Sarmiento no vacilará en reconocer la admiración que le despiertan los Estados Unidos, en demérito de la imagen de una Europa envejecida, recostada en la estéril contemplación de sus glorias de antaño. Y ello porque Sarmiento observaba el mundo con la deliberada intención de extraer conclusiones de orden práctico. En cambio, cuando Mansilla o Cané, dos hombres típicos del 80, llegaban a Europa en alguno de sus frecuentes viajes, la actitud de ambos, por lo contrario, era la de dos expertos consumidores para quienes Europa renovaba siempre los maravillosos secretos de su arte y de su sociabilidad. La disposición del consumo cultural, propia de una sociedad que ha resuelto ya muchos de sus problemas fundamentales es, probablemente, uno de los rasgos más novedosos con que la generación del 80 se introduce en la historia del país, y el que afectó con mayor profundidad a los integrantes de la misma. Ciertamente “di-



Interior de un tranvía porteño en 1872



Primeras páginas de La Prensa y La Nación
(febrero y marzo de 1880, respectivamente)

letantismo" dispersivo, cierta pedantería alimentada en la pretensión de conocer el último nombre y la última fórmula consagrada en los corrillos artísticos de París o de Londres, fueron el más visible tributo rendido por esta generación a la propia novedad del consumo cultural. Paul Groussac, en un notable artículo publicado en el año 1884, al comentar el libro de Miguel Cané (1851-1905), *En viaje*, caracteriza de la siguiente manera a la generación de escritores que empezaba a despuntar por esos años:

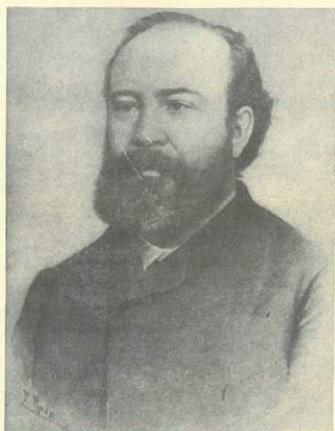
"¡Cuán diferente la generación actual de Goyena y Del Valle, de Gutiérrez y de Wilde! Ellos saben las cosas de las letras hasta en sus nimiedades; tienen sobre el movimiento intelectual del mundo entero las mejores y más recientes informaciones. Si algo ignoraran sería lo de su lengua o de su país. Han saboreado a Sainte-Beuve y Macaulay, y os apuntarán algunos artículos menos finos del primero, o del segundo más pálidos que de costumbre. Saben a fondo el arte de escribir; tienen erudición y chiste; la carga les es ligera. Un poco refinados, algo descontentadizos e irónicos; con el talento a flor de cutis, prefieren una página. De ahí una dispersión, un despilfarro enorme de talento a los cuatro vientos del periodismo o de la conversación". (El artículo fue publicado en *El Diario*, el 8 de febrero de 1884. Lo reproduce Ricardo Sáenz Hayes, en su libro *Miguel Cané y su tiempo*.)

El texto de Groussac es tan certero en las connotaciones que ofrece de la literatura de algunos de los escritores representativos del 80, y tan suficientemente abarcador de sus aspectos sustanciales, que bien pudiera servir como un texto clásico para la definición de la literatura de ese período. Bastaría, en efecto, ahondar en algunas de las direcciones indicadas por Groussac, agregar algunas características que la propia generación fue revelando en los años poste-

riores a la crítica del libro de Cané, y complementar el elenco de autores que mejor expresaron esa época. Con estos cuidados, el texto de Groussac podría proponerse como la caracterización más amplia y comprensiva de la generación del 80.

De todas las direcciones anotadas por el temprano crítico de Cané hay una, particularmente, que impresiona por la abundancia de testimonios comprobatorios y por el fuerte contraste que ofrece con la literatura de los nombres entonces vigentes en el consenso público: Sarmiento, Mitre, Alberdi, Vicente Fidel López. Es ese "talento a flor de cutis", esa disposición para escribir una página antes que un libro, ese "despilfarro enorme de talento a los cuatro vientos del periodismo o de la conversación". Un calificado testigo de esa época, Angel de Estrada (h), sorprende de esta manera, en la evocación, la conducta normal de Pedro Goyena (1843-1892): "Perdonémosle los libros que no escribió para el futuro, pues de escribirlos hubiese conversado menos con sus contemporáneos. Para él no existía interlocutor mediocre; todo joven era una imagen del poeta Virgilio; y caían a manos llenas sobre su mente los lirios de su palabra. (...) Pródigo fue en todas partes y a todas horas, rompiendo los hilos de sus collares, sin preguntarse qué clase de viento se llevaba sus tesoros. Pródigo fue entre los más encumbrados como entre los más humildes. (...) Los clientes de la casa de Igón haciendo un círculo, olvidan las compras: el cajero no se fastidia, y tras de la caja sonríe con sus clientes; Pedro Goyena charla. Charla animando los libros muertos de los anaqueles: charla a través de un improvisado peregrinaje: se le siente la perfección del juicio, el gusto ático le ha impuesto el ala invisible en la sandalia ligera. Bien hizo el cajero en no protestar: el maestro tira la sandalia, es decir, se despide, y dos jóvenes que buscaban sino el *Namur*, se precipitan sobre la

Eneida, con el alma abierta a un mundo ignorado y los ojos llenos de fantasmas brillantes.” [Discurso de Angel de Estrada (h), incluido como prefacio a la edición de *Crítica Literaria*, de Pedro Goyena, Buenos Aires, “La Cultura Popular”, 1937.] Desde luego, el trazo de esta evocación sería igualmente válido para registrar la imagen de un Mansilla, célebre por su facundia, y aun la de un Cané, que compensaba su mayor circunspección verbal con un profuso epistolario y con las puntuales conversaciones escritas de sus viajes. Cualquier lector que posea un mediano conocimiento de la literatura de esa época encontrará, asimismo, abundantes pruebas de un sentido del humor displicente y sofrenado en las fronteras mismas de la sonrisa; y de una actitud irónica que hace gala de cuestionar el contenido de los asuntos que trata cuando la seriedad de éstos amenaza en volver solemne la conversación o el discurso. Eduardo Wilde (1844-1913) fue el más reputado humorista del 80; Guido y Spano (1827-1918) el que manejó más a fondo el extraño instrumento de la ironía. Entre una y otra resonancia de la escala musical, Cané añadía una nota personal de pesimismo, una cierta irritabilidad a la que con el lenguaje positivista de la época cabría calificar como “neurastenia”.



Pedro Goyena

Literatura y política.—Esta caracterización generacional, elevada por Groussac al máximo nivel de abstracción posible, permite todavía otras anotaciones de radio ampliamente comprensivo. La primera de todas, puede ya presumirse, apunta a destacar la actitud que los escritores del 80 tuvieron frente a la política, después de esa homogénea tradición que venía señalando para los escritores argentinos el camino casi excluyente de la actividad política. Juzgados según las pautas de esa tradición, es evidente que los escrito-

El escritor del ochenta busca su público

La mayor conciencia profesional de los escritores del 80 se revela no sólo en el cuidado de la composición y en el ascendiente que se atribuye a la crítica; se advierte también en el modo cómo se formula la necesidad de que se constituya un público suficientemente capacitado para recibir la presencia y la obra del autor. Pedro Goyena, que describe la situación desde la perspectiva de sus propios deseos, ofrece este compungido diagnóstico:

“El joven escritor sobre el cual vamos a presentar a nuestros lectores algunas observaciones (José Manuel Estrada), es conocido en toda la República y aun en el exterior; pero sus producciones no son, ni con mucho, tan conocidas como su nombre. Lo mismo sucede respecto de casi todos nuestros literatos. ¿Quién no ha oído hablar de Funes, Alberdi, Mitre, López, Sarmiento, Domínguez? Y entretanto, pocos son los que han leído el Ensayo histórico, La organización de la República, La novia del hereje, El Facundo, la Historia de Belgano y la Historia Argentina.

“Nuestros hombres de letras han tenido y tienen más admiradores que lectores; y mientras el público en vez de estudiar las obras de los autores nacionales, se limite a recordarles con cierta estimación no popenderá entre nosotros la literatura. Algo más que un respeto poco concienzudo buscan los que se dedican a la carrera literaria. Necesitan vivir, y por lo mismo encontrar en la producción intelectual lo que llaman los economistas un beneficio. Actualmente no hallan honra ni provecho; porque no es honra uno que otro elogio de la prensa, desacreditado a causa de la podigalidad con que se le concede; y en cuanto a provecho, basta decir que el general Mitre tuvo que vender su libro sobre Belgano, por la cantidad de

quince mil pesos, honorario frecuente de cualquier abogado en un asunto común. Conviene, pues, estimular a nuestro público a leer autores nacionales. Hacerlo es practicar obra de justicia y de patriotismo, porque se propende así a que se consagre a nuestros escritores la atención que merecen, y a que los lectores argentinos se habitúen a fomentar el desenvolvimiento de los talentos literarios, abundantes, a Dios gracias, en estos pueblos”.

(Pedro Goyena, *Crítica Literaria*)

res del 80 parecen menos atrapados por el interés o la pasión de la cosa pública. Pero es necesario precisar correctamente la diferencia. Casi todos los escritores de esta generación tuvieron descolante actuación política: en los ministerios nacionales, en el congreso, en la diplomacia, en el secreto mundillo en el que se decidían las candidaturas presidenciales. Wilde desempeñó con apreciable idoneidad un ministerio bajo la presidencia de Roca; José Manuel Estrada (1842-1894) fue un diputado fogoso que llamó sobre sí la atención de los círculos políticos; Mansilla recorrió la gama entera de las facciones en busca de un poder que siempre le resultó esquivo; Eugenio Cambaceres (1843-1888) defendió con ardor las premisas del liberalismo en enconados debates parlamentarios; Cané, cuyo nombre llegó a pronunciarse para ocupar la vicepresidencia de la República, ocupó los cargos de diputado y de senador, de ministro de Relaciones Exteriores y del Interior, de intendente de la ciudad de Buenos Aires, de representante diplomático ante numerosos países latinoamericanos y europeos, y a través de su íntima amistad con hombres claves de la política nacional, como Roca, Arístóbulo del Valle y Roque Sáenz Peña, conoció, discutió e interfirió el proceso político de su tiempo como pocos hombres de su generación.

No se puede, entonces, pensar en un desapego de los escritores del 80 por los asuntos políticos. Sucedió, más bien, que el creciente desarrollo de la sociedad imponía una división interna del trabajo adecuada a la complejidad de las nuevas funciones a cumplir. La conducción de la cosa pública dejaba de ser así un acto inspirado en la respuesta de la buena conciencia ciudadano, o en los elementales intereses de un grupo dirigente, para convertirse en una suerte de profesión que exigía tiempo y conocimientos de más en más específicos.

También la conciencia artística avanzaba en ajustes escrupulosos, en un afinamiento crítico que reclamaba del escritor una disposición atenta, difícilmente compatible con el ejercicio de actividades extrañas a la propia literatura. Para los escritores del 80, las figuras de Sarmiento y de Mitre, a las que lo mismo podía llamarse generales de la Nación, estadistas o polígrafos, eran ya reliquias del pasado, ejemplos de un mundo tan pintoresco como lejano. Sin embargo, el proceso de cambio, todo lo acelerado que se quiera, no podía saltar en el vacío la experiencia de una generación. Hacia el año 1900, los escritores argentinos, todavía no profesionalizados, buscaban su medio de vida en tareas relativamente afines con su actividad específica o no demasiado absorbentes: la cátedra, el periodismo, los cargos secundarios de la administración pública. Pero hacia 1880, el vértice demarcatorio de la profesionalización se mostraba aún con rasgos francamente confusos, y es esta ambigüedad de intereses y de objetivos la que tiñe la actitud de los escritores del 80 en el alternativo papel de políticos y de literatos que acostumbraban desempeñar. En el plano literario, la mayor conciencia profesional se revela tanto en el escrúpulo acordado a la composición como en el prurito de dominar el más amplio repertorio de informaciones libreas; en el modo de formular la necesidad de que se constituyera un público suficientemente capacitado para valorar los esfuerzos del creador, como en el modo de ejercer una vigilancia crítica generalizada sobre todas las etapas del proceso de creación.

La crítica literaria: Oyuela; Groussac. — En este último sentido, los escritores del 80 configuran la imagen de un grupo —el primero en la historia de nuestras letras— para el cual la disposición crítica se



Vendedores de diarios en Buenos Aires en 1890 (dibujo de Fortuny, para El Sudamericano)



Martín García Mérou (dibujo para El Sudamericano)



Santiago Estrada (dibujo para la Revue Illustrée du Rio de la Plata)

asimila como un elemento natural del oficio literario. Casi todos ellos, en algún momento, usaron el derecho de juzgar las obras de los contemporáneos y, aunque buena parte de esa actividad haya quedado dispersa en los periódicos de la época o reducida al estrecho campo del género epistolar, es fácil ubicar las pruebas que certifican los alcances y la efectividad de la misma. Para algunos autores, la actividad crítica significó, inclusive, una manera preponderante de relacionarse con el hecho literario, una elección personal que los llevaría al camino de convertirse, después del solitario Juan María Gutiérrez, en los primeros críticos oficiosos de la literatura argentina. Pedro Goyena (1843-1892), Santiago Estrada (1841-1891), Martín García Mérou (1862-1905), Calixto Oyuela (1857-1935) y Paul Groussac (1848-1929) son los representantes más destacados de esa tendencia y los que merecieron la mayor atención de sus contemporáneos. Los tres prieros no superaron, a la verdad, los riesgos del impresionismo, esa determinación que consiste en apoyar un juicio de valor en el dictamen subjetivo del gusto, en el manejo de algunas ideas generales y en la selección espontánea, nunca sistemática, de obras y de autores. Calixto Oyuela, en cambio, avanzó bastante en los dominios de una crítica de carácter profesional, imponiéndose la necesidad de enjuiciar la literatura por otros criterios que los de la simple simpatía, y perseverando en el afán de fundar un cartabón estético que resultara válido para comprender obras de distintas épocas y de diversa filiación. Sustentador de la fórmula del *arte por la belleza*, Oyuela descartaba como espuria toda contaminación que proviniera de la ifilosofía, de la ciencia o de la política y centraba siempre sus análisis en la necesidad de comprobar los ideales de sobriedad y de pureza que atribuía a los clásicos de Grecia y de Roma. Hispanista de-



Calixto Oyuela (dibujo para La Ilustración Argentina, 1882)

cido, fue de los primeros en reintegrar al interés del público argentino el gusto por los autores españoles, tan desacreditados desde los tumultuosos años de la Independencia, y a través de su hispanismo exaltó la voluntad nacionalista de poetas como Rafael Obligado (1851-1920), cuyo *Santos Vega* vendría a rescatar las mejores tradiciones y los vínculos con el viejo tronco español.

Con estas premisas y con la voluntad de aplicarlas consecuentemente, Oyuela pasó revista a buena parte de la literatura contemporánea. Sus resultados asequibles hoy, principalmente, en los estudios con que acompañó la edición de la *Antología poética hispanoamericana* (1919-1920), ofrecen un moderado interés para nosotros. La rigidez preceptiva del crítico nivela excesivamente la calidad de los materiales que analiza y se manifiestan como notorias su incapacidad para la matización y su ceguera para advertir las voces que disonaban con su esquema valorativo. Sin duda, la mentalidad crítica más penetrante de esta generación fue la de Paul Groussac. El joven francés que se lanzó al mundo con afán de aventura y que llegó a nuestro país por azar, probando duros menesteres, no tardaría en trocar con violencia ese destino inicial para convertirse en la figura casi estereotípica del investigador de gabinete, del intelectual absorbido por las minucias de los ficheros bibliográficos. Fue profesor durante varios años en la ciudad de Tucumán y luego, instalado en Buenos Aires ejerció el periodismo y la absorbente dirección de la Biblioteca Nacional, desde 1885 hasta el año de su muerte, 1929.

Es curioso, pero el más influyente crítico con que contó la literatura argentina hasta la segunda década de este siglo se ocupó apenas de la literatura nacional. Su preocupación fundamental se dirigió pronto al campo de la historiografía, en el que habría de destacarse legítimamente, y

fue tentado también por el mundo de la novela y del teatro sin los mismos méritos, como señalaremos en su oportunidad. De literatura escribió sólo ocasionalmente y casi siempre sobre temas y autores de la literatura europea. ¿Cómo explicar entonces su ascendiente sobre los escritores argentinos contemporáneos? El que fuera director de la revista *La Biblioteca*, con la capacidad inherente de recibir o rechazar colaboraciones, significaba, de hecho, una manera de usar poderes discriminatorios; pero *La Biblioteca* abarcó sólo un período de dos años (1896-1898) y se publicaron 24 números con sus siglas.

El secreto de su largo reinado en la crítica literaria debe explicar más bien como el de un acto de presencia, como el de un fenómeno de prestigio consentido por un grupo sobre la base de ciertos signos y de ciertas cualidades conocidas, respetadas y hasta temidas.

Los signos y las cualidades conocidas de Groussac provenían, sobre todo, de sus ensayos de índole historiográfica. Casi desde los comienzos, Groussac había puesto en estos trabajos una conciencia profesional exacerbada, y acostumbraba presentarlos en un lenguaje tan correcto como duro y en una disposición de ánimo tan propensa a someter sus propios hallazgos al criterio de los demás como a manifestarse extremadamente severa en el juicio que le merecían los hombres y los hechos sometidos a su análisis.

Para ejemplificar esta actitud y conjeturar el efecto que la misma debía producir en el público, puede leerse, entre otros, el breve ensayo titulado *Escritos de Mariano Moreno* (recogido luego en *Crítica literaria*).

El objeto del ensayo no sobrepasa la intención de juzgar un volumen en el que Norberto Piñero ofrece la primera "edición crítica" de los *Escritos* de Mariano Moreno. "Tengo que cumplir una vez más —dice Grou-

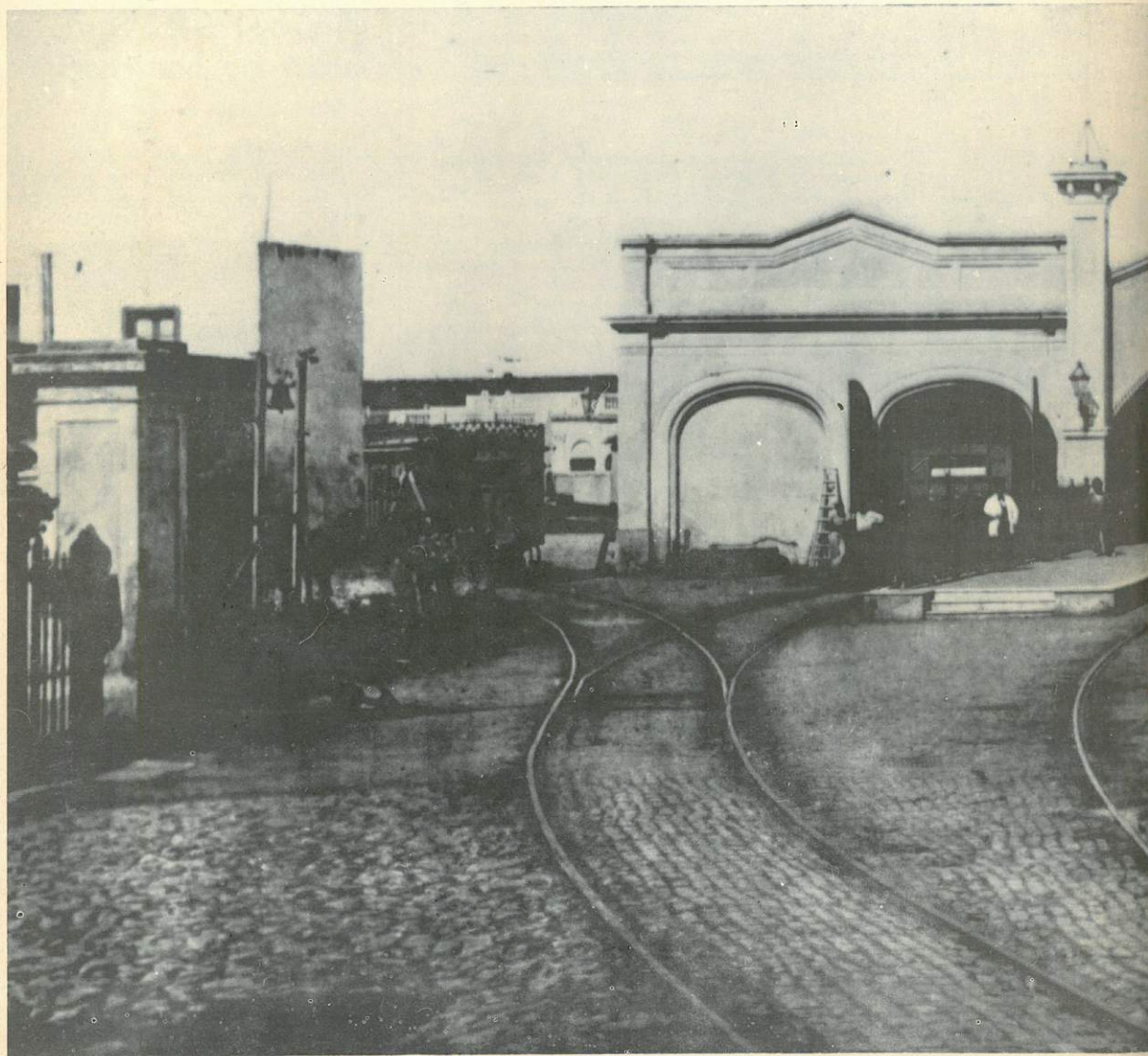
Una opinión sobre los hombres del ochenta

Carlos Ibarguren, nacido en Salta en 1877, llegó a Buenos Aires en 1882. Conoció entonces desde niño a la "gran aldea" en el vórtice mismo de su rápida transformación. Pudo, además, por sus vinculaciones familiares, conocer y tratar más tarde a la mayoría de los hombres notables que residían en la ciudad. Al redactar su libro de memorias, *La historia que he vivido* (1954), rememora y caracteriza así a los hombres del 80:

"... eran los que en las décadas siguientes actuaron vigorosamente y enriquecieron con su talento y sus obras nuestra mentalidad; eran los que formaron la llamada generación del 80, cuyos miembros, entre otros, fueron Lucio Vicente López, José Manuel Estrada, ... José Ramos Mejía, Paul Groussac, Miguel Cané, Pedro Goyena, Eduardo Wilde, Carlos Pellegrini, Aristóbulo del Valle, Roque Sáenz Peña, de quien me ocuparé más adelante al referirme a su acción de estadista.

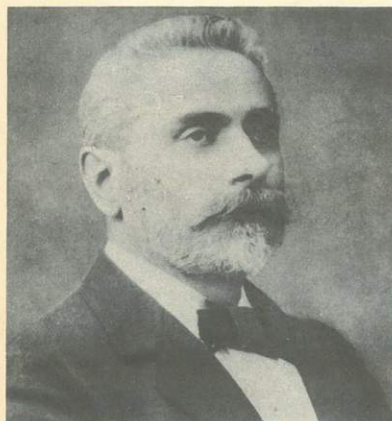
"Esta generación en su mayoría —salvo excepciones como las de Estrada, Goyena y algún otro— fue de escépticos y de materialistas, cuyo pensamiento seguía la acción cambiante y apresurada de un país en formación y de una sociedad que evolucionaba. El positivismo filosófico, las corrientes científicas predominantes a fines del siglo pasado, el enorme desarrollo industrial y económico, europeo, las masas de hombres y de oro que empezaron a venir a estas playas, transformó velozmente nuestra tierra, dieron al núcleo director argentino la visión utilitaria y sensual de la vida. Tal es el ambiente en que se desenvolvió aquella generación". (Carlos Ibarguren, *La historia que he vivido*, Buenos Aires, Peuser, 1954).

En los escritores del 80 quedan reflejados una ciudad y un país que se parecen muy poco a los que, sólo una o dos décadas antes, habían sido celebrados por la generación anterior; en efecto, el ferrocarril, las realizaciones técnicas, la prosperidad económica, cambian la faz de la sociedad argentina.

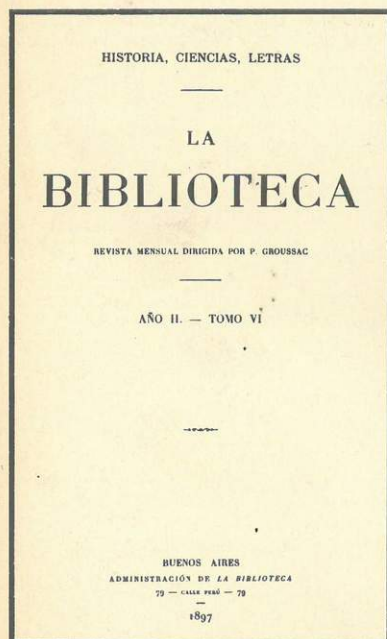


Antigua estación del Ferrocarril Oeste





Paul Groussac



Portada del tomo VI de la revista
La Biblioteca

sac— con el deber de hablar la verdad, siempre difícil de decir y de oír, y tanto más displicente cuanto más fundada. Voy a examinar, pues, lo que aquí se entiende y acepta por *edición crítica* de un autor argentino, entre personas que se precian de saberlo... El (el autor) alegrará quizá (y no doy un ardite por la disculpa), ser su profesión la de abogado o jurista, no la de editor de ediciones; y tan de acuerdo estamos que, por mi parte, no me ocurriría en la vida acometer un alegato forense. ¿Por qué no penetra en los países de habla española esta noción, al parecer tan sencilla y elemental: que la historia, la filosofía y aun esta pobre literatura representan aplicaciones intelectuales tan exigentes por lo menos, aunque no tan lucrativas, como las del abogado o del médico, no siendo lícito entrarse por sus dominios como en campo sin dueño o predio de común?"

A continuación, Groussac examina el texto ofrecido por Piñero y pasa a señalar con implacable rigor sus deficiencias, los errores de criterio en que incurre el inexperto editor y las infidelidades para con la historia y para con el protagonista al que se supone rendir un homenaje. Denunciadas esas incoherencias, convertido en polvo el mérito de la edición, irrumpe otra vez el juicio lapidario, tan severo por su contenido como por la forma destemplada con que se lo expresa:

"Creo que me he mostrado severo para la edición —pues, lo repito, no tenía que aludir a la persona del editor— pero mi intención es buena. Opino que la ligereza, la inconsistencia, el medio saber superficial y parasitario son los peores enemigos del intelecto argentino: y por eso he querido levantar en este primer examen, la bandera del estudio meditado y de la crítica imparcial, sin hipocresías ni melindres".

No cabe duda de que Groussac adopta, al enunciar estos juicios, una ac-

titud magistral que excede el cometido inmediato de la crítica de circunstancias, y que apunta a señalar pautas válidas para todo el ámbito cultural al que pertenecen sus lectores. En este ámbito, maleado por las concesiones a la improvisación, el repentismo y la retórica fácil, esa actitud magistral se sostiene entonces como un esfuerzo tendiente a depurar defectos muy generalizados, y parece obvio que al centrar su interés en la corrección de hábitos mentales perniciosos denuncia también directa o indirectamente los excesos específicos del quehacer literario. Dispuesto a corregir hábitos antes que a medir de acuerdo con las dimensiones de determinados modelos, Groussac administró la crítica como una regla disciplinaria y hasta como un ejercicio de conducta. Así pudo amonestar la versatilidad del juvenil Lugones, declarar sus reservas sobre el efectista Almafuerte, o verter su menosprecio sobre la prosa tropical de Ricardo Rojas: en la reducida nómina de autores que concitaron su atención crítica, la constante visible se traduce en una apelación al rigor expresivo, a la seriedad, a la conciencia artesanal del escritor.

Evocación y xenofobia.— Puntualizados así los rasgos que convienen al conjunto de los escritores del 80: erudición, fragmentarismo, humor, incipiente conciencia profesional, pueden añadirse otros de alcances menos generalizadores, pero que afectan a la obra o a la actitud de la mayoría de los autores. Uno de estos rasgos se corresponde con la notable tendencia a la literatura de evocación.

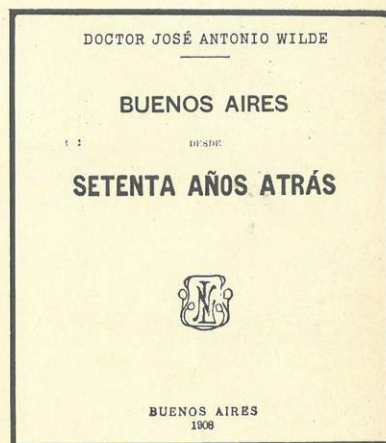
En 1881, José Antonio Wilde (1813-1885) sorprendió con el éxito de un deshilvanado libro de recuerdos de la vieja ciudad, *Buenos Aires, desde 70 años atrás*. La explicación del éxito parece bastante obvia si se tiene presente que el libro llegó a manos

de unos lectores que veían desaparecer ante sus ojos, con rapidez casi vertiginosa, la arquitectura de una ciudad, sus tipos humanos, sus costumbres. Esos lectores, por jóvenes que fueran, habían conocido muy bien esa chata ciudad aldeana rescatada por la pluma de Wilde, y el reconocimiento de esas imágenes alertaba la tierna nostalgia que se agazapa siempre en la rememoración del tiempo transcurrido. Un año después, Lucio V. López (1848-1894), empieza a publicar en folletín su novela *La gran aldea* y Víctor Gálvez (seudónimo de Vicente C. Quesada, 1830-1913) escribe las primeras notas de las *Memorias de un viejo*, recogidas en volumen en 1889. Mansilla, por su parte, en la copiosa producción periodística de esos años, sazona una y otra vez sus artículos con recuerdos del Buenos Aires anterior a la luz eléctrica, el tranvía, los ferrocarriles, las obras sanitarias y las anchas avenidas. Lamentablemente, se decidió a otorgarle a esa disposición la unidad autobiográfica que reclamaba, cuando era demasiado tarde para concluir el intento. La primera (y única) parte de sus *Memorias*, fueron escritas y fechadas en París, en 1904. También Miguel Cané sufrió la seducción de la literatura evocativa. *Juvenilia*, publicado en 1884, apunta, desde luego, a degustar el recuerdo feliz de las experiencias estudiantiles. Pero no puede dudarse que el coro de las imágenes convocadas se mueve en un escenario reconstruido con tanto interés como el de las ingeniosas maquinaciones de los estudiantes: ese escenario es el de la vieja ciudad de Buenos Aires, perdida ya para siempre bajo la piqueta del progreso.

La misma disposición, aunque trasvasada a la óptica de un humorista escasamente decidido a flaquear ante las incitaciones del sentimentalismo, se advierte en Eduardo Wilde. En una curiosa página recogida en *Prometeo y Cía*, Wilde describe las exa-



José Antonio Wilde (en La Ilustración Argentina, 1885)



Portada de una de las ediciones de Buenos Aires desde setenta años atrás

Entre los rasgos claves de la generación de escritores del 80, pueden mencionarse su conciencia profesional, su erudición, su fragmentación, en parte su xenofobia, y también su real participación en los grandes conflictos y problemas públicos que agitaron al país.



Colegio Nacional Central (antiguo San Carlos), en la calle Bolívar (1905)

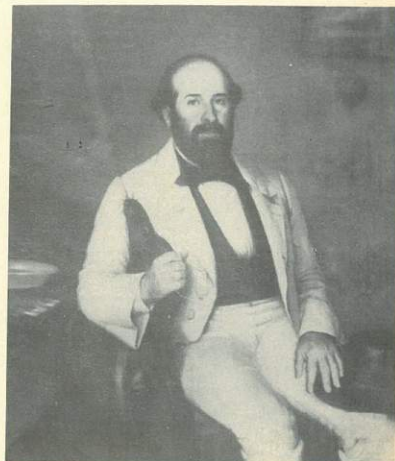
geraciones y fealdades que trajo consigo el progreso, hasta el extremo de volver a Buenos Aires la ciudad menos habitable y absurda del mundo. Entre las líneas de esta descripción, Wilde ensaya el elogio de las pequeñas ciudades del interior, en las que se ha refugiado la bonhomía y la placidez de la antigua aldea: La idílica aldea que Wilde contrapone al Buenos Aires transformado por la compulsión progresista del 80 es, con pocas diferencias, la propia Buenos Aires anterior a los grandes cambios producidos en esa década. Así por lo menos lo deja entender Santiago Calzadilla (1817?-1896) en *Las beldades de mi tiempo*, obra publicada en 1891.

La mutación exterior de una ciudad en el término de tan pocos años no fue el único fenómeno que impresionara vivamente a los hombres del 80 y que mereciera un copioso registro literario. Buenos Aires crecía en sus aspectos materiales, pero el crecimiento implicaba también un cambio demográfico, un salto tan brusco en el nivel normal de la población como para que muchos observadores empezaran a señalar su preocupación por alguno de los previsible deslances de este fenómeno. Hacia 1880, Buenos Aires tenía una población de 286.000 habitantes; en el término de los diez años siguientes su puerto recibió un contingente de 648.000 inmigrantes, la inmensa mayoría de los cuales fijó su residencia en la misma ciudad. Esta congestión urbana no sólo desmentía el programa de una política tendiente a poblar el desierto, recién arrebatado al dominio indígena, y a las desvalidas ciudades del interior; venía también a agravar uno de los más agudos problemas nacionales al convertir a la capital federal en asiento de un elevado porcentaje de la población total del país, y por último, a crear sus propios problemas a la ciudad portuaria.

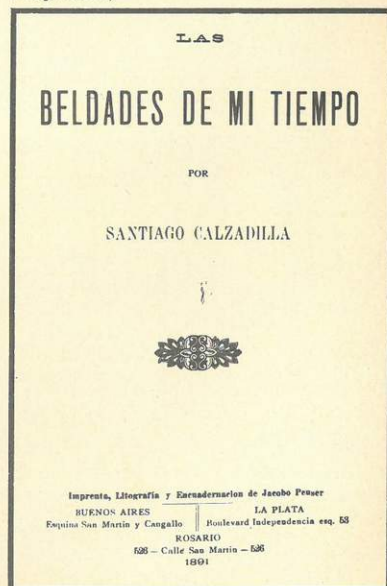
Las serias consecuencias de una po-

lítica inmigratoria trazada por los responsables según criterios que se contradecían en la práctica, despertaron en los hombres del 80 una cierta sensibilidad xenófoba, desconocida para las generaciones anteriores, un estado de hostilidad latente frente al extranjero invasor que tanto asumía las formas aristocratizantes de un grupo social enquistado en la defensa de un estilo de vida diferenciador, como se expresaba en la lengua de un duro nacionalismo al que irritaba la presencia masiva de extranjeros. Los matices y el relieve manifiesto de esa xenofobia alguna vez alcanzan la tesitura del alegato, y se los encuentra con sobrada elocuencia en la literatura de la época. En autores como Mansilla o Cané, la hostilidad frente al extranjero parece responder a motivaciones clasistas, a esa defensa de un estilo de vida de que se habló anteriormente. Algunos textos, al menos, no permiten abrigar dudas sobre el fondo de esa actitud.

En otros autores, la xenofobia maneja el repertorio científico de la época y se presenta con un vocabulario pretendidamente aséptico y neutral. Así Antonio Argerich en su novela *Inocentes o culpables* (1884) y Cambaceres en la última de sus obras, *En la sangre*, publicada en 1887. Desde otra perspectiva, Ernesto Quesada (1858-1934) señala su preocupación por el cosmopolitismo que empieza a modelar la sociedad argentina con rasgos imprevisibles. La ocasión que estimula el pensamiento del joven ensayista es un pretexto suficientemente débil como para advertir la necesidad imperiosa de opinar sobre el peligro de la invasión extranjera: en Buenos Aires se han celebrado unos juegos florales, y al premiarse en ellos algunos poemas de contenido nacionalista, Quesada introduce un incisivo comentario. "En una sociedad tan extremadamente cosmopolita como la nuestra —dice Quesada—, en la que no hay rasgos



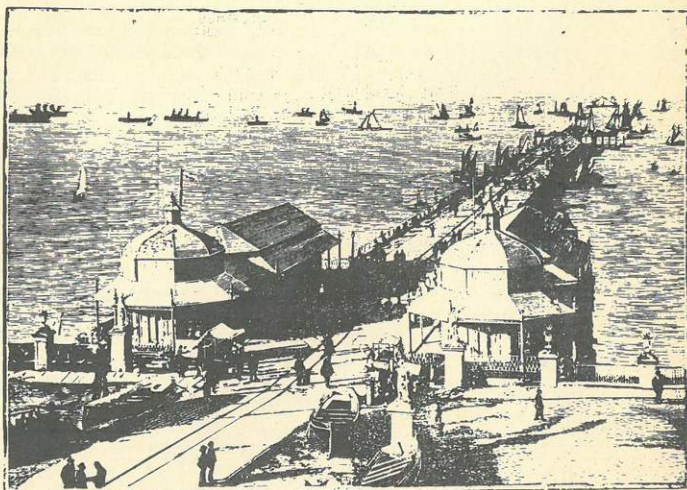
Santiago Calzadilla (por Prilidiano Pueyrredón)



Portada de la primera edición de *Las beldades de mi tiempo*



Miembros de la colectividad polaca en el Hotel de Inmigrantes (1899)



Embarcadero de Buenos Aires en 1889

típicos ni carácter nacional, sino un confuso conglomerado de hombres y de nacionalidades, la poesía tiene una sagrada misión que cumplir: mostrar que, en medio del revuelto torbellino del momento, subsiste el espíritu argentino, y que se sabe honrar como se debe a la patria, la fe y el amor. Sólo a ese precio se conocerá que existe aún una nación argentina, pues de lo contrario un espectador imparcial cree más bien que a lo que así se llama no es más que una inmensa factoría ultramarina donde acuden los hombres de todos los puntos del globo con el propósito único de enriquecerse... y de enriquecerse pronto" (*Los juegos florales en Buenos Aires*, 1882. Recogido luego en *Reseñas y críticas*, Buenos Aires, 1893).

Liberalismo y catolicismo. —

Pero la inmigración y la espesa ola de materialismo que algunos observadores atribuían a la misma, fue apenas un indicador de las grandes convulsiones que agitaron a la sociedad argentina en la década del '80. Conseguida la estabilidad política y el dominio real del territorio en que se asentaba la nación, se trataba ahora de dar un contenido, una fisonomía que permitiera el reconocimiento de los viejos y de los nuevos habitantes, de los que habían hecho la historia del país y de los que venían a acogerse a su generosa hospitalidad. Fuera de las escaramuzas xenófobas y de los aislados brotes nacionalistas, dos tendencias resumieron netamente la necesidad de una definición o, si se quiere, de un programa que adjetivara el sentido y las modalidades de la nueva colectividad. Una de las tendencias, representada por los dirigidos que apoyaron las gestiones de Roca y de Juárez Celman, no hizo más que continuar la labor desarrollada durante las presidencias de Mitre, de Sarmiento y de Avellaneda, asegurándose la secularización de

la sociedad en todos sus órdenes con el simple recurso de aplicar los principios del liberalismo declarados en la Carta Constitucional de 1853. La otra, expresada por un sector de intelectuales que propugnaba el mantenimiento de la tradición católica como aglutinante imprescindible de la sociedad, entró a sostener en la tribuna pública y en el Parlamento la legitimidad y los alcances de esa tradición.

A lo largo de la década, dos formidables debates enfrentaron a ambas tendencias y pusieron en tensión la capacidad dialéctica y el espíritu de lucha de sus voceros más representativos. Tanto al discutirse en el Congreso la ley sobre enseñanza laica, en 1884, como el proyecto de ley sobre matrimonio civil, en 1888, fue evidente que no se dejó argumento sin utilizarse y que nadie que tuviera algo valioso que decir privó de su opinión a la controversia. Entre los liberales que participaron con brío en los debates parlamentarios merecen citarse los nombres de Cambaceres y de Wilde, para mencionar sólo personalidades relacionadas con el mundo de las letras; entre los católicos se destacan las figuras de Goyena y de José Manuel Estrada.

El ingente material de discursos y exposiciones en que quedó registrada esta vasta polémica vale, desde luego, como el testimonio inapreciable de uno de los períodos realmente críticos de la historia de nuestras instituciones. Vale también como testimonio del largo tributo que muchos de sus protagonistas pagaron a la militancia ideológica y a las urgencias del debate. El último de los nombres citados, el de José Manuel Estrada (1842-1894), puede tal vez considerarse como el mejor ejemplo de una actitud de entrega a la defensa y esclarecimiento de algunos de los principios en discusión. Estrada había llamado la atención de los contemporáneos por su temprana madurez intelectual. Joven de 26 años



Vicente Quesada (fotografía en el Museo Histórico Nacional)



dio a conocer las *Lecciones sobre la historia de la República Argentina*, y apenas había cumplido los 30 cuando publicó *La política liberal bajo la tiranía de Rosas*, una serie de meditados ensayos sobre las palabras simbólicas del *Dogma socialista*. Cinco años después dio a la imprenta las *Lecciones de Derecho Constitucional*, producto de su labor en la cátedra universitaria, pero al iniciarse la década de las grandes confrontaciones ideológicas el libro y el análisis profesoral cedieron su lugar a la actividad proselitista, a la prosa de convicción, al discurso de circunstancias.

Estos simples enunciados bastan para comprobar el hecho de que Estrada no puede ser considerado un hombre típico de la generación del 80, al menos si se consideran válidas las significaciones aportadas sobre ella. Su estructura espiritual se corresponde más bien con la de los hombres de la generación del 37, sólidos en el optimismo, fuertes en el trabajo, duros en la capacidad de renuncia personal. No por casualidad, José Manuel Estrada, pese a su antiliberalismo, declaró su reconocimiento de Echeverría y Alberdi, los máximos exponentes liberales de aquella generación. Cuando en 1884 el gobierno de Roca lo destituyó de la cátedra universitaria en represalia por su campaña proselitista, Estrada pudo entender que en esa actitud revivía la intolerancia que había ensombrecido al país desde sus orígenes, y respondió a ese gesto con la entereza que había admirado en los hombres proscripistas durante la administración de Rosas: perseveró en la defensa de sus ideas, y agotó todos los medios a su alcance para difundirlas y otorgarles eficacia política.

Literatura de fronteras. —La idea de servicio que subyace en esta somera calificación de Estrada puede



Se sublevarán los mosquitos en las Provincias y Estrada los arma contra la ley!

"Debates entre católicos y liberales" (caricatura en *El Mosquito* en 1889, con motivo de la ley del matrimonio civil)

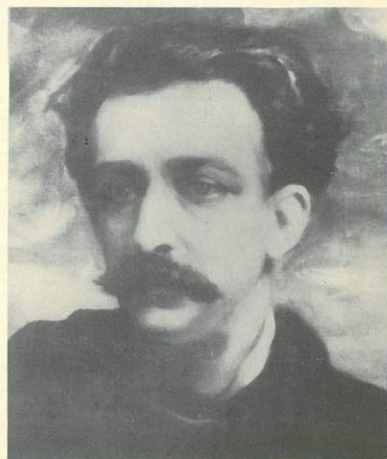
hacerse extensiva también a otros intelectuales que alcanzaron la madurez en la década del 80, y que, por el mismo motivo, escapan al juicio global con que se acostumbra caracterizar a la misma. La vida y la obra de Estanislao S. Zeballos (1854-1923) corresponden a ese margen de excepcionalidad.

Zeballos fue periodista, profesor universitario, diputado, ministro de Relaciones Exteriores en varias oportunidades y se contó con su presencia en la fundación de empresas culturales como la *Revista de Derecho, Historia y Letras*, la Sociedad Científica Argentina y el Instituto Geográfico Argentino. En algunas de estas múltiples actividades su desempeño no fue excesivamente feliz o no alcanzó el renacimiento de sus contemporáneos. Manuel Gálvez satiriza en *El mal metafísico* el empaque y la presuntuosidad un tanto ridícula del "magister" universitario, y su manejo de la política exterior argentina, particularmente en ocasión del célebre pleito entablado con Brasil por la delimitación de fronteras en el territorio de Misiones, que dejó en el ánimo de muchos la certeza de un lamentable fracaso. Discutido en vida y apenas recordado por la posteridad, la personalidad de Zeballos se diluye en el conocimiento fragmentario que se tiene de sus hechos más significativos y ostensiblemente aguarda la aparición del biógrafo que los reconstituya y les infunda la unidad necesaria. Dentro de esos hechos, el que concita nuestro interés con mayor relevancia es el que relaciona a Zeballos con la paternidad de un conjunto de obras dedicadas al tema del indio, a la posesión de sus territorios y a la profunda imbricación de la conquista de los mismos en el desarrollo de nuestra historia social.

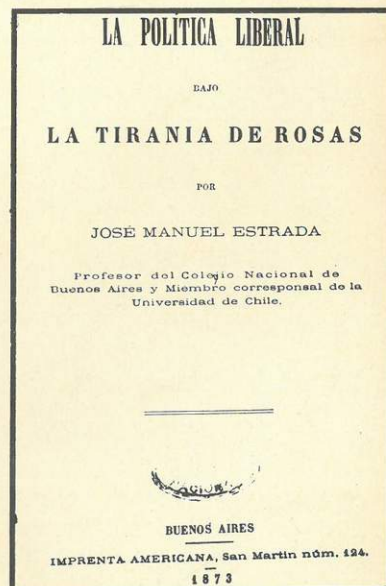
Ya en 1878, a los 24 años de edad, Zeballos escribió *La conquista de las quince mil leguas*, por encargo

expreso del presidente Avellaneda y de su ministro de Guerra, el general Roca, para que su lectura influyera favorablemente en los representantes del Congreso y arrancara de ellos la autorización para la campaña militar que concluiría para siempre con la amenaza del indio. Por este primer trabajo debe entenderse con claridad que Zeballos tenía posición tomada en el problema y que su pensamiento coincidía con el del general Roca y con todo el sector de opinión que descartaba la vía del arreglo pacífico o de la eventual asimilación del indio a la comunidad nacional. Apenas concluida la campaña militar de Roca, Zeballos, que había recorrido todo el inmenso territorio asegurado hasta el Río Negro, comenzó la redacción de el *Viaje al país de los araucanos*. Este libro se publicó en 1881 como tomo inicial de una *Descripción amena de la República Argentina* completada en 1883 con *Viaje a la región del trigo*, y en 1888 con *Viaje a través de las cabañas*. Su conocimiento personal del territorio conquistado a los indios por Roca le permitió, sin embargo, escribir otras tres obras que vuelven sobre el tema abocetado en el *Viaje al país de los araucanos* y que son las más valiosas de toda su producción.

Callvucurá y la dinastía de los piedra (1884), *Painé y la dinastía de los zorros* (1886), *Relmu, Reina de los Pinares* (1887) no constituyen, pese a la intención del autor, un conjunto de obras que guarde coherencia y que admita una lectura de parejo sentido crítico. A partir del segundo de los títulos, Zeballos incurre en el error de introducir en un relato que hasta entonces se limitaba a la reconstrucción histórico-documental, una trama novelesca que desvirtúa el poder de convencimiento de los datos utilizados sin compensar esa pérdida con un eficaz dominio de la ficción o de los recursos atribuibles a



José Manuel Estrada



Portada de la primera edición de La política liberal bajo la tiranía de Rosas



Estanislao S. Zeballos



Alvaro Barros (óleo de Prilidiano Pueyrredón, 1865)

la novela como género. La hibridez de intenciones pierde así notoriamente a dos de los tres volúmenes y deja a *Callvucurá* casi en la situación de obra solitaria. Este único libro, sin embargo, ofrece materiales de significación tan singulares que su lectura debiera recomendarse como inexcusable para todo indagador curioso de la literatura argentina del siglo XIX.

Callvucurá viene a completar la parábola trazada por los libros de Alvaro Barros (1827-1892), *Fronteras y territorios federales de las pampas del sur* (1874), y de Lucio V. Mansilla, *Una excursión a los indios ranqueles* (1870). Menos brillante que el segundo, más informado que el primero, tiene sobre los dos la desventaja de dar una versión del tema desde una perspectiva comprometida. Ya se dijo que Zeballos contribuyó a la realización de la campaña militar propiciada por el presidente Avellaneda. Debe agregarse ahora que *Callvucurá* fue dedicado en homenaje al general Roca, el ejecutor de esa política que miraba sin ninguna simpatía al indio. Su autor, de todas maneras, con una honestidad intelectual que debe señalarse, destacó en la reconstrucción y presentación del problema indígena el perverso papel que a menudo cupo al hombre blanco, y documentó la impresionante envergadura de su participación en nuestras luchas civiles —por la complicidad de los gobiernos y las facciones en el poder— como así también su lugar en el desarrollo de un voluminoso comercio.

Y esto a pesar de su advertencia:

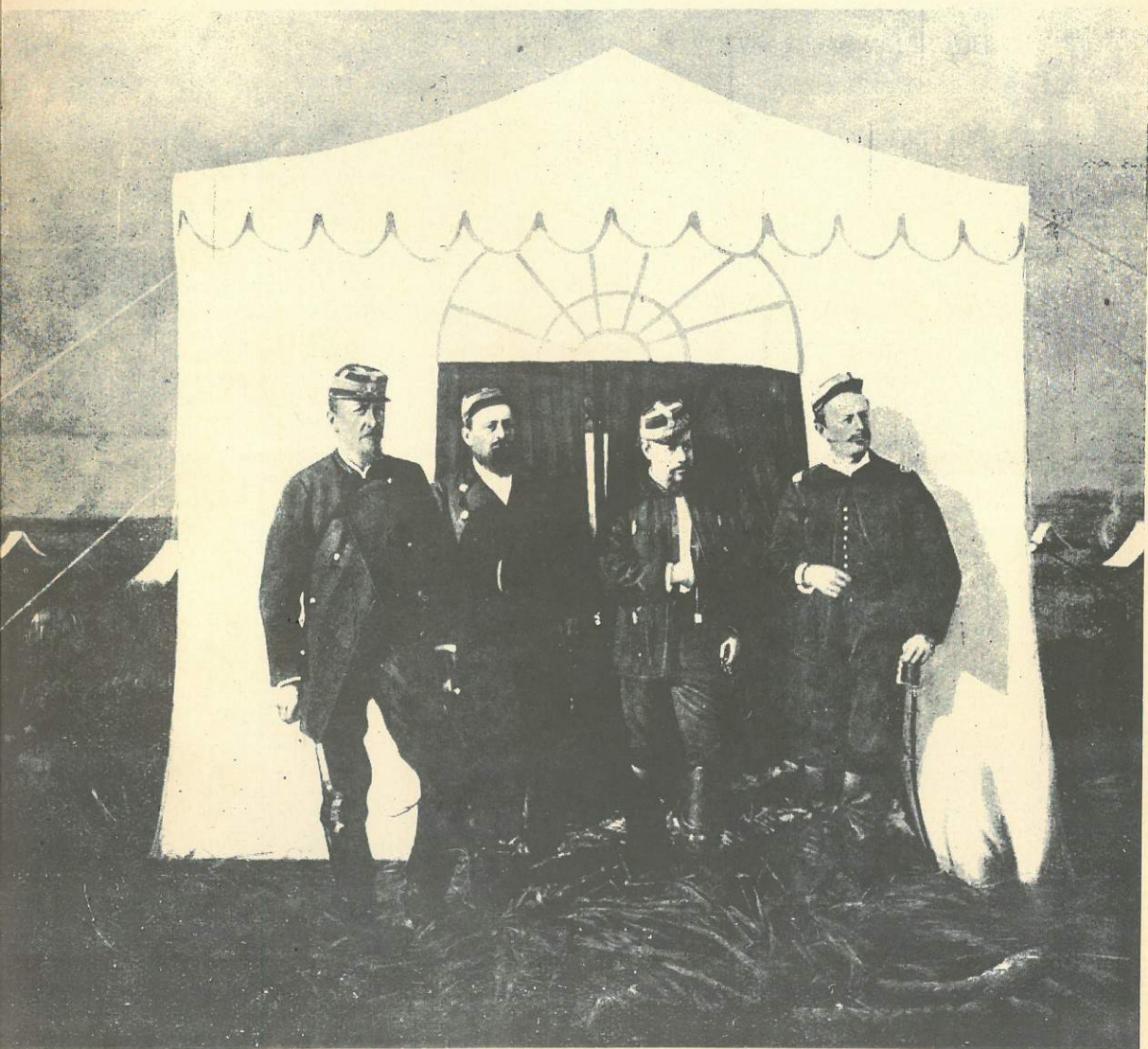
“Si por amor a mi patria no suprimiera algunas páginas negras de la administración pública en las fronteras y de la conducta de muchos comerciantes, se vería que algunos de los feroces alzamientos de los indios fueron la justa represalia de grandes felonías de los cristianos, que los trataban como a bestias y los robaban como si fueran idiotas cargados

de joyas y abandonados en media calle a altas horas de la noche”.

Algunas de estas denuncias encrespaban ya las páginas de *Fronteras y territorios federales* de Barros y de *Una excursión a los indios ranqueles*; pero mientras en estas obras el atisbo crítico aparece reducido en sus alcances por el marco geográfico o diluido por la excesiva amplitud de miras, envuelve, orgánica y concentradamente la totalidad del período en el que el dominio indio constituía una suerte de frente interno de lucha, una guerra.

La larga vida del cacique Callvucurá, muerto en 1873, sirve de núcleo organizador al apreciable caudal de materiales que Zeballos utiliza para trazar la historia del dominio indígena, y aunque tal vez exagera al llamar “imperio” a la población de 20.000 indios que obedecieron al cacique, sin duda consigue dar una imagen cierta de su poderío y de su capacidad de acción en el particularísimo mundo del desierto y en el de sus ambiguas fronteras con el mundo de los blancos.

La Argentina moderna parece no guardar rastros del problema que la agitará rudamente durante medio siglo, luego de convertirse en una no resuelta herencia de la Colonia. El importante ciclo de la literatura de fronteras, con *Callvucurá*, los ya mencionados libros de Mansilla y de Barros, los artículos periodísticos de Hernández, la prédica de Nicasio Oroño, el simple material de información cotidiana recogida durante años en diarios como *La Prensa* de Buenos Aires y *La Capital* de Rosario, y los registros de testigos calificados, como Ignacio José Garmendia en *Cuentos de tropa (Entre indios y milicos)* (1891), el Comandante Prado en *La guerra al malón* (1907) e Ignacio Fotheringham en *La vida de un soldado (reminiscencias de la frontera)* (1908), vienen a recordarnos la inconsistencia de esa opinión o prejuicio.



Plana mayor del Ejército Expedicionario al desierto en 1879, junto a la carpa del comandante: de izquierda a derecha: coronel Winter, coronel García, general Roca y coronel Villegas.

Bibliografía Básica

Diccionario de Literatura Latinoamericana. 1ª Parte. Washington, U. P., 1960. Biografías y valoraciones críticas de los autores citados.

Arrieta, Rafael Alberto, "La poesía en la generación del 80", en *Historia de la literatura argentina*, dirigida por Rafael Alberto Arrieta. Buenos Aires, Peuser, 1959, tomo III.

Borello, Rodolfo, "Los escritores del 80", en *Revista de Literatura Argentina e Iberoamericana*. Mendoza, Facultad de Filosofía y Letras, año 1, Nº 1, 1959.

Carilla, Emilio, *La literatura argentina 1800-1950. Esquema generacional*. Tucumán, Facultad de Filosofía y Letras, 1956.

Castagnino, Raúl H., *Miguel Cané, cronista del 80 porteño*, Buenos Aires, 1952.

García Mérou, Martín, *Libros y autores*. Buenos Aires, Editorial Félix Lajouane, 1886.

Id., *Recuerdos literarios*. Buenos Aires, Editorial Félix Lajouane, 1891.

Id., *Confidencias literarias*. Buenos Aires, Impr. Argos, 1894.

Ghiano, Juan Carlos, *Constantes de la literatura argentina*. Buenos Aires, Raigal, 1953.

Giusti, Roberto F., "La prosa de 1852 a 1900" en *Historia de la literatura argentina*, dirigida por Rafael Alberto Arrieta. Buenos Aires, Peuser, 1959, tomo III.

Groussac, Paul, *Los que pasaban*. Buenos Aires, Jesús Menéndez, librero-editor, 1919.

Montero, Belisario J., *Conversaciones sobre filosofía y arte*. Buenos Aires, 1924.

Onega, Gladys S., *La inmigración en la literatura argentina (1880-1910)*. Rosario, Facultad de Filosofía y Letras, 1965.

Ponce, Aníbal, *La vejez de Sarmiento, Amadeo Jacques, Nicolás Avellaneda,*

Lucio V. Mansilla, Eduardo Wilde, Lucio V. López. Buenos Aires, 1927, 2ª edición, Editorial El Ateneo, 1939.

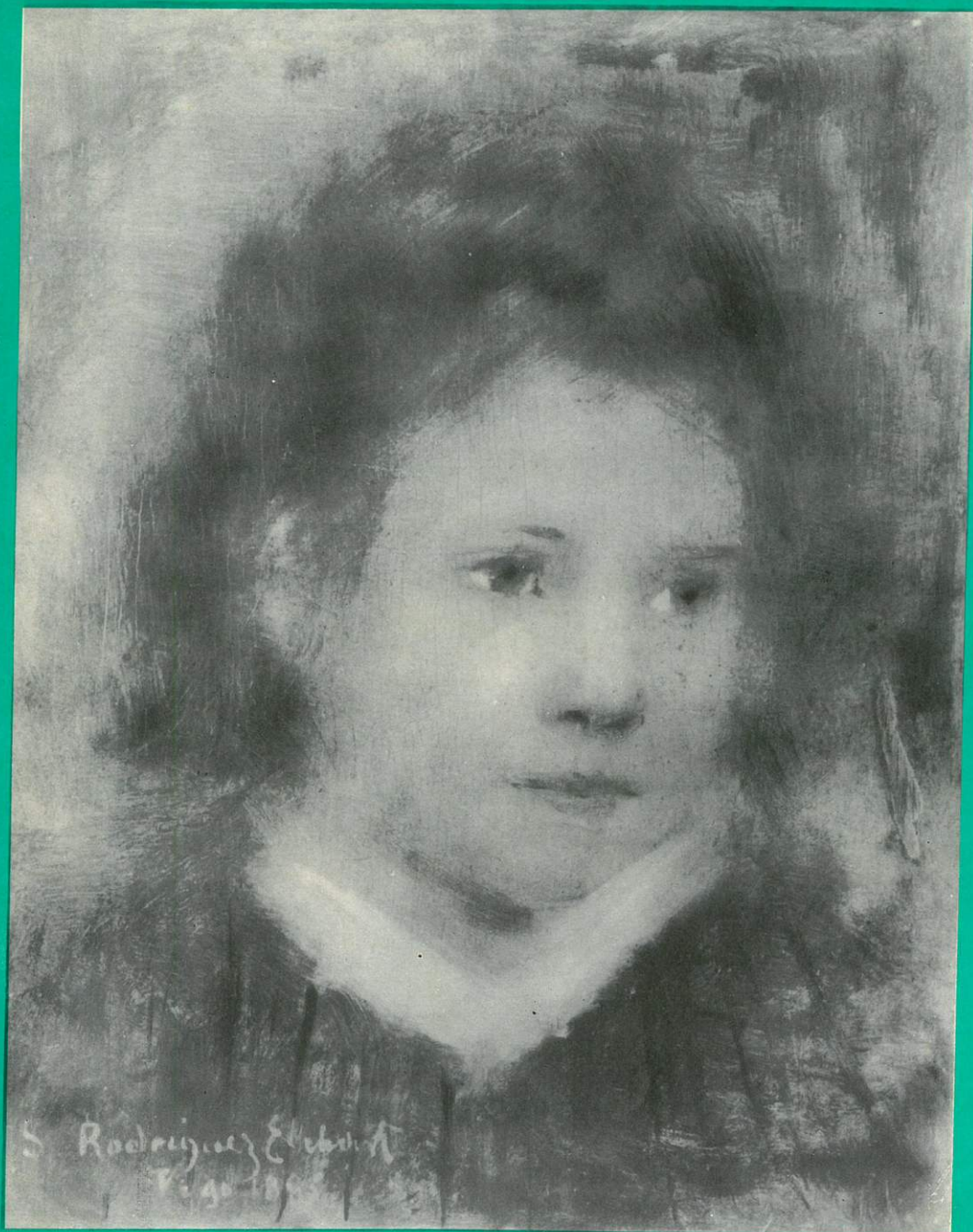
Quesada, Ernesto, *Reseñas y críticas*. Buenos Aires, Félix Lajouane, 1893.

Rojas, Ricardo, *La historia de la literatura argentina*. Buenos Aires, Ed. "La Facultad", 1917-1922, vol. IV.

Sáenz Hayes, Ricardo, *Miguel Cané y su tiempo (1851-1905)*. Buenos Aires, Guillermo Kraft, 1955.

Sola, Graciela de, "El fragmentarismo en los escritores del 80. Entre-Nos de Lucio V. Mansilla", en *Universidad*, Nº 66. Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, 1965.

Viñas, David, *Literatura argentina y realidad política*. Buenos Aires, Jorge Alvarez, 1964.



Este fascículo, con el libro
UNA EXCURSION A LOS INDIOS RANQUELES (tomo II), de Lucio V. Mansilla,
 constituye la entrega n° 19 de **CAPITULO**

Precio del
 fascículo
 más el libro: \$ **150**

CAPITULO

La historia de la literatura argentina

Todas las semanas aparece una nueva entrega, que consta de un fascículo y un libro. Cada fascículo da un panorama completo de un autor o un período; el libro correspondiente da una obra completa o una antología representativa de dicho autor o período. Los fascículos en su conjunto constituirán la "Historia de la literatura argentina" propiamente dicha; los libros constituirán la "Biblioteca Argentina Fundamental". La obra íntegra —Historia más Biblioteca— se publicará en 56 semanas. He aquí el plan de la obra.

ENTREGA

FASCICULO

LIBRO

- | | |
|---|----------------------------------|
| 1 | Introducción: Los orígenes |
| 2 | Introducción: El desarrollo |
| 3 | Introducción: Los contemporáneos |

Martín Fierro - J. Hernández - 192 págs.
 La gallina degollada y otros cuentos - H. Quiroga - 128 págs.
 El perseguidor y otros cuentos - J. Cortázar - 144 págs.

Primera parte

- | | |
|----|---|
| 4 | Epoca colonial: del Renacimiento al Barroco |
| 5 | Epoca colonial: la Ilustración y el Seudoclasicismo |
| 6 | La época de Mayo |
| 7 | Nacimiento de la poesía gauchesca |
| 8 | La época de Rosas y el romanticismo |
| 9 | Echeverría y la realidad nacional |
| 10 | El nacimiento de la novela: Mármol |

Los fundadores - Antología - 96 págs.
 La literatura virreinal - Antología - 120 págs.
 La lira argentina - 96 págs.
 Cielitos y diálogos patrióticos - Hidalgo - 80 págs.
 La época de Rosas - Antología - 120 págs.
 El matadero y La cautiva - Echeverría - 120 págs.
 Amalia (primera parte) - Mármol - 400 págs. (Vol. Esp.)

- | | |
|----|--|
| 11 | El nacimiento de la crítica: J. M. Gutiérrez |
| 12 | La prosa romántica: memorias, biografías, historia |
| 13 | El ensayo en la época romántica |
| 14 | El ensayo: Domingo Faustino Sarmiento |
| 15 | Desarrollo de la poesía gauchesca |

Amalia (segunda parte) - Mármol - 300 págs.
 Memorias del General Paz - Selección - 120 págs.
 El ensayo romántico - Antología - 108 págs.
 Facundo - Sarmiento - 200 págs.
 Santos Vega - Ascasubi - Fausto - Del Campo - 108 págs.

- | | |
|----|--|
| 16 | José Hernández: el Martín Fierro |
| 17 | La segunda generación romántica: la poesía |

Escritos en prosa - Hernández - 92 págs.
 Versos románticos - Antología de Gutiérrez y Andrade - 120 págs.

- | | |
|----|--|
| 18 | Lucio V. Mansilla |
| 19 | La generación del ochenta: las ideas y el ensayo |

Una excursión a los indios ranqueles (primera parte) - L. V. Mansilla - 320 págs. (Vol. Esp.)
 Una excursión a los indios ranqueles (segunda parte) - L. V. Mansilla - 240 págs.

- | | |
|----|---|
| 20 | La generación del ochenta: la imaginación |
| 21 | La "prosa ligera" y la ironía: Cané y Wilde |
| 22 | El naturalismo: Eugenio Cambaceres |
| 23 | Los últimos románticos |

La gran aldea - Lucio V. López - 160 págs.
 Juvenilia - Cané - 124 págs.
 Sin rumbo - Cambaceres - 144 págs.
 Antología poética - Guido y Spano y Obligado - 96 págs.

FASCICULOS QUE APARECERAN POSTERIORMENTE:

Segunda parte: 24. La vuelta del siglo: Almafuerte - 25. El modernismo - 26. Leopoldo Lugones - 27. Modernismo y narrativa: Enrique Larreta - 28. Realismo y picaresca: Roberto J. Payró - 29. Modernismo y naturalismo: Horacio Quiroga - 30. Ricardo Güiraldes - 31. El teatro en la vuelta del siglo: Florencio Sánchez - 32. El teatro: Gregorio de Laferrere - 33. La poesía en el avance del siglo - 34. Feminismo y poesía: Alfonsina Storni - 35. La poesía de Enrique Banchs - 36. Fernández Moreno: el sencillismo - 37. Realismo tradicional: narrativa urbana - 38. Realismo tradicional: narrativa rural - 39. El movimiento de **Martín Fierro** - 40. Florida y la vanguardia - 41. Boedo y el tema social - Tercera parte: 42.

La novela moderna: Roberto Arlt - 43. Madurez del teatro: Samuel Eichelbaum - 44. El ensayo moderno: Ezequiel Martínez Estrada - 45. La crítica moderna - 46. Intelectualismo y existencialismo: Mallo - 47. La novela experimental: Marchal - 48. La narrativa fantástica: Borges - 49. La poesía: la generación del 40 - 50. La poesía social después de Boedo - 51. Desarrollo de la narrativa: la generación intermedia - 52. La generación intermedia en teatro: los teatros independientes - 53. La generación del 55: los narradores - 54. Las nuevas promociones: el ensayo - 55. Las nuevas promociones: la novela; la poesía - 56. Índice general.

Oportunamente se suministrarán portadillas con títulos de tomos y capítulos para que los fascículos puedan encuadrarse. La Dirección se reserva el derecho de sustituir cualquiera de los títulos anunciados.

Para el material gráfico del presente fascículo, se ha contado con la cortés colaboración del Archivo Gráfico de la Nación y de la Biblioteca Nacional.